

EL ÚLTIMO DISPARO

Cuando le echaron del tren, Don Mason encontróse en un lugar donde los muertos volvían en busca de venganza.

Si el vigilante del tren no me hubiera encontrado antes de que llegásemos a Milwaukee, y si no me hubiese echado del vagón de carga, este relato jamás se hubiera escrito. Pero como ocurrió todo contra mis deseos, me encontré en tierra, en un lugar desconocido, poco antes de medianoche.

A lo lejos veía en el cielo el reflejo de numerosas luces. Allí estaba Milwaukee. Pero la distancia debía de ser aún bastante grande, y me hubiera gustado infinito poder terminar mi viaje en tren, llegando aquella misma noche a la ciudad en lugar de encontrarme en pleno campo, en un lugar absolutamente desconocido, y rodeado de la más densa oscuridad.

En vez de partir en busca de un problemático pueblo, decidí dirigirme hacia la primera luz que viera. Iba dispuesto a contar la verdad de lo ocurrido, pues estaba demasiado cansado para entretenerme en inventar novelas.

La casa hacia la cual me dirigí estaba bastante apartada de la carretera, en medio de un grupo de árboles. Había algo repelente en la casa, en el aura que emanaba, y por un momento vacilé. Al fin, dominándome, llamé a la puerta.

Una linda y morena joven respondió a mi llamada. Había llegado hasta la puer-

ta sin hacer el menor ruido, y se detuvo ante mí, con una lámpara en la mano.

—Buenas noches—dije.—¿Podría dejarme pasar la noche por aquí?

Sin contestar se hizo a un lado y me indicó que pasase. Obedecí con cierta alegría. Tal vez no fuera necesario contar mi historia.

Además de la mujer había dos hombres en la casa. De momento los dos parecían mayores que la mujer.

Pero, cuando ésta se acercó a la mesa y se inclinó entre los dos hombres para colocar nuevamente la lámpara en la mesa, vi que tenía bastantes más años de los que al principio le había echado. En aquel momento representaba cuarenta. Los hombres no debían de tener, seguramente, más de treinta.

Los dos hombres me miraron curiosamente. Uno de ellos volvióse a la mujer.

—¿Quién es ése, Amy?—preguntó.

La llamada Amy encogióse de hombros.

—No me lo ha dicho. Me ha preguntado si podíamos dejarle pasar aquí la noche y supogo que podemos, ¿no?

—Me llamo Don Mason—dije.—Hablando con franqueza, debo decirles que me han echado del tren para Milwaukee, por viajar gratis en un vagón de carga.

Los hombres sonrieron vagamente. A la mujer no pareció interesarle mi relato. Un